

El Romancero tradicional en la América de habla hispana

El romancero tradicional constituye una rama privilegiada de la balada occidental porque, mientras ésta se halla prácticamente extinguida, el romancero ha logrado sobrevivir hasta el día de hoy en la memoria colectiva de los pueblos iberorrománicos. Pese a las dificultades derivadas de los cambios socio-culturales operados en los últimos años, los poemas romancísticos, narrativos por excelencia, han continuado transmitiéndose oralmente, de generación en generación. Entre las diversas ramas que a su vez se integran en el romancero se encuentra la tradición americana que, aunque deficientemente explorada, ofrece ya un *corpus* de temas y versiones (o actualizaciones de cada romance) de excepcional interés.

La atención que los diversos historiadores de la literatura hispanoamericana han prestado al romancero tradicional es de muy diverso grado; unos, como Raimundo Lazo¹, Enrique Anderson Imbert² o Jean Franco³, eluden toda referencia al romancero importado de la metrópoli. Otros, aunque asumen que las versiones romancísticas llegadas de la Península se hallan incorporadas a la cultura autóctona y deben ser consideradas como pertenecientes al acervo literario del Nuevo Continente, discrepan a la hora de encasillar el género en el lugar más adecuado, excluyéndolo sistemáticamente de las etapas moderna y contemporánea. Entre estos úl-

1. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 vols. I, *El período colonial (1492-1780)*. II, *El siglo XIX (1780-1914)*. México: Porrúa, 1965 y 1967.

2. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 vols. I, *La Colonia. Cien años de república*. II, *Epoca contemporánea*. México: F.C.E., 1954.

3. *Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia* (7.ª ed. revisada). Barcelona: Ariel, 1987.

timos cabría citar a Luis Sáinz de Medrano⁴, Giuseppe Bellini⁵, Cedomil Goic⁶ o Luis Iñigo Madrigal⁷.

Estas divergencias suelen obedecer al intento de ofrecer un panorama general de los romances de América donde tienen cabida tanto los poemas tradicionales, cuya poética ofrece rasgos específicos derivados fundamentalmente de su modalidad de transmisión, como aquellas composiciones elaboradas en forma de romance, de autor individual, cultas o pseudocultas, con rasgos estilísticos que responden a los modelos literarios vigentes en cada momento o a la mayor o menor capacidad artística del autor que compone el poema. Pero el hecho es que los romances tradicionalizados (que pudieron tener su origen en textos de autor individual) son en su esencia poesía colectiva que no entiende de modas y que ha sido asumida, conservada, re-creada y transmitida secularmente por las diversas y sucesivas sociedades que la han conservado.

Contamos ya con numerosos estudios y ediciones particulares realizados por especialistas⁸, pero, si excluimos la información incorporada a las historias de la literatura, apenas encontramos trabajos de conjunto dedicados a una rama tan vasta y compleja como la hispanoamericana pues éstos quedan prácticamente reducidos a los elaborados en el pasado por Ramón Menéndez Pidal⁹ y a los últimos trabajos de Mercedes D'ía Roig,

4. «Los romances en América», en *Historia de la Literatura hispanoamericana*. Vol. I. (Hasta el siglo XIX incl.). Madrid: Biblioteca Univ. Guadiana, 1976, pp. 128-129. El epigrafe dedicado al romancero aparece en el capítulo 10, «Poesía épica», situado entre los capítulos asignados a «La poesía lírica (...) s. XVI» y a los «Orígenes del teatro hispanoamericano».

5. *Historia de la literatura hispanoamericana* (2.ª ed. corregida). Madrid: Castalia, 1986. Tras el cap. III «La voz de los nativos», Bellini dedica el siguiente cap. a «La poesía en América: de los romances a la épica» (El romancero en América ocupa las pp. 99-110); el cap. V se refiere a «La épica y la lírica en el Barroco».

6. El tema del romancero aparece incluido en el cap. 8, pp. 431-474, de la *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Vol. I, *Epoca colonial* editado por Goic en 1988 (Barcelona: ed. Crítica). Los capítulos anterior y posterior al citado se ocupan de las «Variedades narrativas ficticias y no ficticias» (cap. 7) y de «El siglo XVIII: la Ilustración en América» (cap. 9).

7. En el volumen I dedicado a la *Epoca colonial* de la *Historia de la literatura hispanoamericana* coordinada por Iñigo Madrigal (Madrid: Cátedra, 1982), el trabajo dedicado a «El romance en América» (pp. 301-316), aparece al final de la sección IV asignada a la «Lírica hispanoamericana colonial», entre las secciones adjudicadas a la «Epica hispánica colonial» y al teatro de la misma etapa.

8. En la *Bibliografía del romancero oral*. 1. Preparada por A. Sánchez Romeralo, S. G. Armistead, S. H. Petersen et al. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1980, se consiguen un total de 423 entradas dedicadas a la tradición hispanoamericana. La mayor parte de los trabajos publicados con posterioridad a 1980 aparecen consignados en las pp. 266-285 de la obra preparada por Mercedes D'ía Roig, *Romancero tradicional de América*. México: El Colegio de México, 1990.

9. «Los romances tradicionales en América», *Cultura Española*, (febrero, 1906), 72-111. [Reed. con algunos cambios en *El Romancero: teorías e investigaciones*. Madrid: Pacz, [1928], pp. 101-183; y en *Los romances de América y otros estudios*. («Colección Austral»). Madrid: Espasa-Calpe, 1939, pp. 13-46].

investigadora de El Colegio de México recientemente desaparecida¹⁰. Tal carencia resulta comprensible si tenemos en cuenta la amplitud del territorio abarcado por las naciones hispanoamericanas, a lo que hay que añadir los núcleos de población de origen hispano de las regiones incorporadas a Norteamérica tras la independencia. También es cierto que los textos americanos se han publicado en forma muy dispersa y que los estudios de carácter particular se limitan con frecuencia al análisis de un reducido número de versiones e incluso de un único texto, representativo de un romance, a partir del cual se deducen las diversas conclusiones.

Los brumosos orígenes del romancero tradicional se remontan a la Edad Media, pero el repertorio de sus temas ha continuado incrementándose hasta época reciente con todos aquellos poemas asimilados por la colectividad transmisora que paulatinamente los ha adaptado al lenguaje formulaico propio del género.

Las fuentes documentales necesarias para el estudio del romancero tradicional proceden de dos períodos claramente delimitados: la etapa del llamado romancero «viejo», en que algunas de las versiones romancísticas que circulaban oralmente pasaron de forma arbitraria a la letra impresa, reproduciéndose en manuscritos, pliegos sueltos y cancionerillos de los siglos XV a XVII, y la etapa de la tradición oral moderna que se inicia a finales del primer cuarto del siglo XIX, momento en que se documentan las primeras actualizaciones de informantes identificables que habían conservado en sus memorias los textos heredados de sus mayores¹¹. Entre una y otra etapa los romances habían permanecido en lo que Menéndez Pidal denominó «vida latente» y sólo sabíamos de su existencia por referencias o noticias indirectas.

10. «El romance en América», en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. I. Coord. Luis Inigo Madrigal. Madrid: Cátedra, 1982, pp. 301-316; «El romancero tradicional en América. Difusión y características», en *El Romancero. Tradición y pervivencia a fines del siglo XX (Actas del IV Coloquio Internacional del Romancero)*. Ed. P. Piñero, V. Atero, E. J. Rodríguez Baltanás y M.ª J. Ruiz. Cádiz: Fund. Machado-Univ. de Cádiz, 1989, pp. 651-666 y *Romancero tradicional de América*. México: El Colegio de México, 1990.

11. Los primeros textos de tradición oral moderna se recogen, casi simultáneamente, en Portugal y en España. Véase el artículo de D. Catalán, «El Archivo Menéndez Pidal y la exploración del romancero castellano, catalán y gallego», en *El Romancero en la tradición oral moderna. 1.º Coloquio internacional*. Ed. D. Catalán, S. G. Armistead y A. Sánchez Romeralo. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal-Univ. Complutense de Madrid, 1972, pp. 85-94. Los últimos datos referentes al comienzo de la recolección portuguesa aparecerán próximamente en el trabajo preparado por J. J. Díaz Marqués, «Nota sobre o Início da Recolha do Romancero da Tradição Oral Moderna». *Boletín de Filología*, núm. 32 (en prensa).

EL ROMANCERO «VIEJO» LLEGA A HISPANOAMERICA

La primera etapa o período de florecimiento del romancero tradicional se corresponde con la salida de las primeras expediciones españolas que arribarían al Nuevo Continente, por lo que debemos admitir, como afirma Menéndez Pidal que:

«(...) un copioso romancero pasó a América en la memoria de aquellos que tripulaban las naves descubridoras y en el recuerdo de cuantos después allá fueron»¹²

La constatación documental de la presencia en América de los viejos romances españoles la encuentra Menéndez Pidal en los testimonios de algunos cronistas entre los que ocupa un lugar destacado Bernal Díaz del Castillo, autor de la *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde los fragmentos romancísticos aparecen en boca de Cortés o de otros personajes de cierta relevancia, unas veces citados textualmente y otras disueltos en la prosa. A estas alusiones se suman otros testimonios, como los aparecidos en la *Historia General de las Indias* de Fernández de Oviedo o los incluidos en narraciones relativas a los acontecimientos sucedidos durante la conquista de Perú¹³. Sin embargo, la conocida posición crítica de Menéndez Pidal respecto a la personalidad del dominico Fray Bartolomé de las Casas y sus polémicos escritos¹⁴, le inducen a poner en tela de juicio la veracidad del pasaje de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* en que el autor se refiere al escarmiento aplicado a los indios conjurados en Cholula y pone en boca de Cortés algunos versos de romance:

«dícese —escribe el padre Las Casas— que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:
«Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía,
gritos dan niños y viejos y él de nada se dolía»¹⁵

12. *Romancero hispánico (Hispano-portugués, americano y sefardí): Teoría e Historia*. Vol. 1. Madrid: Espasa Calpe, 1953, p. 226.

13. Véase *Romancero hispánico...*I, pp. 226-231.

14. Menéndez Pidal publicó diversos trabajos dedicados al padre Las Casas entre los que cabría destacar la polémica obra aparecida cinco años antes de su muerte: *El padre Las Casas. Su doble personalidad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.

15. *Bartolomé de Las Casas. Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. Ed. André Saint Lu (4.ª ed.). Madrid: Cátedra, 1989, p. 108. Bellini atribuye este pasaje a una posible adición posterior de autor anónimo. Véase su *Historia de la literatura hispanoamericana...*, p. 107 citada en n. 5.

Las pruebas aducidas por Menéndez Pidal para verificar la inmediata llegada del romancero «viejo» a Hispanoamérica han sido unánimemente aceptadas por los estudiosos de esta tradición pero, la revisión de los diversos pasajes cronísticos en que aparecen las citas romancísticas nos lleva a reflexionar acerca de la posible utilización del romancero como uno más entre los recursos estilísticos usados por los cronistas en la redacción de sus obras. En este sentido y como apunta asimismo el profesor Bellini¹⁶, la reproducción de versos o fragmentos de romances (al igual que las referencias a libros de caballería o al cancionero y refranero populares) habrían servido para ornamentar el discurso literario de unas obras de innegable intención noticiera. Ello no contradice la popularidad del romancero entre los españoles llegados al Nuevo Continente pues, obviamente, se trata de un género que formaba parte del patrimonio cultural de los conquistadores, incluidos los cronistas.

Por otra parte, las noticias cronísticas acerca de la divulgación del romancero en las tierras recién conquistadas se ven reforzadas con algunos datos que nos informan de la temprana importación de un consistente número de pliegos sueltos y cancionerillos¹⁷ y con las referencias encontradas en obras de autores cultos entre los que cabría destacar al español Hernán González de Esclava (1534-1601), que en sus *Coloquios espirituales y sacramentales*, escritos y representados en México, cita o «contrahace» unos treinta romances viejos, hecho que muestra asimismo la popularidad adquirida por el género. A todo lo anterior habría que añadir que los arcaísmos conservados en los textos americanos de tradición oral moderna, documentados desde comienzos del siglo XX, vendrían a corroborar la vieja raigambre de algunos temas romancísticos. En suma, los españoles trasladados a América conservaron al menos una parte de los repertorios vigentes en la Península y los transmitieron a su vez a criollos y mestizos hispanohablantes que los acogieron e incorporaron a su acervo cultural.

No tenemos constancia de que los romances autóctonos, surgidos a raíz de la conquista o referidos a personajes o acontecimientos posteriores, entraran a formar parte en la cadena de transmisión tradicional, pues las versiones recogidas hasta el día de hoy son a menudo contrafactas elaboradas sobre modelos que pueden reconocerse como pertenecientes al viejo romancero, bien conocido en Hispanoamérica gracias a la difusión alcanzada por los romancerillos y pliegos sueltos, o composiciones cultas o pseudocultas que no han adquirido el lenguaje poético propio de los romances tradicionales.

16. P. 101 de la *Historia de la literatura hispanoamericana...* citada en n. 5.

17. Véase *Romancero hispánico...* I, p. 231.

EL ROMANCERO DE TRADICIÓN ORAL MODERNA EN HISPANOAMÉRICA

Las campañas de recolección y la consiguiente edición de los textos romancísticos de la tradición oral moderna proliferan inicialmente en ámbitos no castellanos, Portugal y Cataluña, hasta que a partir del año 1900 el matrimonio Menéndez Pidal, con ayuda de sus colaboradores, lleva a cabo la recogida masiva de versiones tradicionales en una Castilla que hasta ese momento parecía terreno agostado para la recuperación del romancero:

«De América toda —escribiría más tarde Menéndez Pidal— se podría sostener, con mucha más razón que de Castilla, la desaparición de los romances orales. En el siglo XIX, cuando se hacían indagaciones sobre los romances de España y Portugal, nadie podía pensar en América (...). El mismo metro de romance no es hoy de lo más arraigado allá, dado que el monorrímo octosilábico suele en los corridos populares de América diversificarse en cuartetas de asonante vario o suele ser sustituido por la sextina o por la décima»¹⁸.

En el *Anuario* de 1874 de la *Academia colombiana*¹⁹, el eminente filólogo Rufino José Cuervo había afirmado que «En un desconocido valle de los Andes» había oído recitar los romances de Bernardo del Carpio y de los infantes de Lara a «un inculto campesino», lo que, en opinión de Menéndez Pelayo, constituía una prueba fehaciente del secular mantenimiento de la tradición romanticística americana²⁰. Estimulado por esta noticia, don Marcelino inicia una amplia investigación bibliográfica sin obtener los resultados apetecidos. Únicamente encuentra algunos fragmentos semejantes a las payadas (género que difiere sustancialmente del romancero²¹) y seis versos del romance que denominamos *No me entierren en sagrado* que constituyen un motivo que aparece con frecuencia desgajado del tema originario para servir de remate a múltiples romances o integrarse en composiciones poéticas no romanticísticas:

—Por sí acaso me mataren, no me entierren en sagra[d]jo,
entiérrenme en un llanito donde no pase el gana[d]jo:

18. *Romancero hispánico. Hispano-portugués, americano y sefardí. Teoría e Historia*. Vol. II, Madrid: Espasa Calpe, 1953, p. 342.

19. Bogotá: Impr. Tradicionista, p. 225.

20. Véase *Antología de poetas líricos castellanos*, t. X. *Romances populares recogidos de la tradición oral* (III). Madrid: Libr. Hernando, 1900, pp. 230-232.

21. La payada es un género popularizado en América (en especial en las áreas pampeñas de Uruguay y Argentina) en que, a la manera de nuestros versolaris vascos, el cantor improvisa las distintas historias sobre unos esquemas limitados a los que se adecuan los repertorios de fórmulas memorizados previamente.

un brazo déjenme ajuera y un lebrero colora[d]o
pa que digan las muchachas: aquí murió un desdicha[d]o;
no murió de tabardillo ni de dolor de costa[d]o
que murió de mal de amores que es un mal desespera[d]o»²².

Tras esta experiencia un tanto desalentadora, don Marcelino recomienda en un tono bastante despectivo:

«A juzgar por las muestras, nuestros romances deben andar algo desmedrados en América; pero, valgan lo que valieren, será útil reunirlos, sobre todo, si los poetas líricos que allí abundan, no caen en la tentación de retocarlos, sino que los dejan en su primitiva rusticidad»²³.

La noticia publicada por Caro y Cuervo en 1874 había despertado asimismo el interés de Ramón Menéndez Pidal que escribe al filólogo colombiano pidiéndole una mayor información sobre el asunto; Caro y Cuervo, residente entonces en París, escribe a Colombia recabando nuevos datos pero, tras la pérdida de una primera carta, tiene que limitarse a enviar otra más (fecha en París, el 4 de junio de 1906) en la que amplía la referencia aparecida en el *Anuario de la Academia colombiana*. En un trabajo posterior, Menéndez Pidal llegaría a la siguiente conclusión:

«(...) el inculco campesino de quien Cuervo oyó recitar en masa los romances de Bernardo, de los infantes de Lara y otros históricos, era, como su padre, lector o auditor de romances impresos»²⁴.

En 1902, el escritor español Ciro Bayo publica doce textos entre los que se encuentran las primeras versiones tradicionales hispanoamericanas, recogidas en Bolivia y Argentina. En este breve trabajo, el incansable viajero acusa de negligencia a los folkloristas americanos por no haber publicado «los romances llevados al Nuevo Mundo por los españoles y que todavía se recitan» para añadir más adelante:

«Ni estará de más advertir que así estas pocas que citaré, como tantas que tengo coleccionadas, las he oído de labios de niños y campesinos, ya que con el conocido "oficio" de pedagogo o de pedante, como diría Gil Blas, he reco-

22. *Antología...*, t. X, pp. 231-232. [Sacado de la *Historia de la literatura en Nueva Granada* de José M.^a Vergara y Vergara, Bogotá: 1867, pp. 518-522].

23. *Antología...*, t. X, p. 232.

24. P. 25 del artículo «Las primeras noticias de romances tradicionales en América [y especialmente en Colombia]» en, *Homenaje a Enrique José Varona*. La Habana: Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación, 1935, pp. 23-27. [Reimpreso en *Revista Cubana* (Habana), I: 1 (enero, 1935), 8-13].

rrido a caballo y sin dinero, casi toda la ruta de Concolocorvo descrita en su *Lazarillo de ciegos y caminantes* (Gijón, 1773)»²⁵.

Los romances tradicionales incorporados a este primer artículo de Ciro Bayo se reducen, a nuestro juicio, a dos buenas versiones de *Las señas del esposo (é)* y de *El conde Niño*²⁶ respectivamente, a las que cabría añadir el motivo de *No me entierren en sagrado*, semejante al publicado por Menéndez Pelayo en su *Antología* que, en esta ocasión, aparece incrustado en un breve poema de tema taurino. Estos tres textos y otro referente a la evangelización de Santo Tomás, de dudosa tradicionalidad, serían fragmentariamente reproducidos por Ramón Menéndez Pidal en un pliego de cuatro hojas que se edita sin fecha en la Imprenta Nacional de Quito, bajo el título de «Romances populares en América»²⁷. Don Ramón se propone atraer la atención de los folkloristas americanos hacia la búsqueda de romances tradicionales al tiempo que ofrece algunas orientaciones prácticas para la recogida de los textos porque afirma no tener noticia de romances recogidos en América, a excepción de los publicados por Ciro Bayo.

Inexplicablemente, ni Menéndez Pidal ni otros estudiosos especializados en la investigación de la tradición americana, vuelven a mencionar el trabajo aparecido en 1902, donde se editan las primeras muestras del romancero de tradición oral moderna recogidas en Hispanoamérica.

La carencia de otras referencias, directas o indirectas, al romancero tradicional en las obras de los eruditos americanos del siglo XIX especialmente interesados en la recolección de cantos populares en países como México, Venezuela, Perú o Chile, parecía evidenciar la debilidad e incluso la extinción del género. Pero Ramón Menéndez Pidal, recordando los testimonios cronísticos y condicionado sin duda por su reciente experiencia en Castilla, aprovecha el viaje que por otro motivo le lleva a América a finales del año 1904²⁸ y parte de la Península, con el firme propósito de veri-

25. «La poesía popular en la América del Sur». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 6 (1902), 43-49. (Cita en p. 43).

26. El origen de esta versión no está claro porque el propio Ciro Bayo, que la sitúa en Bolivia en el artículo de la *Revista de Archivos* (1902), citado en n. 25, dice haberla recogido en Argentina en su trabajo «Cantos populares americanos» publicado en *Revue Hispanique*, XV, núms. 47 et 48 (1906), p. 797 y la incluye asimismo en su *Romancerillo del Plata. Contribución al estudio del Romancero Río Platense*. Madrid: Victoriano Suárez, 1913, pp. 18-19.

27. La datación de este pliego, obviamente posterior a 1902, podría situarse a comienzos de 1905. En su primer viaje a tierras americanas (véase n. 28) Menéndez Pidal permanece en Quito desde el 15 de enero hasta finales de febrero en que parte hacia Perú donde recoge sus primeras versiones que no menciona en el citado pliego.

28. Menéndez Pidal se traslada a América cuando es nombrado «comisario especial para efectuar los trabajos preparatorios del laudo que ha de dictar S. M. en la cuestión de los límites entre Perú y Ecuador». Los pormenores de este viaje han sido detalladamente descritos por Antonio Lago Carballo en su artículo «Menéndez Pidal, viajero por América en 1905». *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 464 (febrero, 1989), 7-22.

ficar lo que el denominó la confirmación de su esperanza. Tras un primer intento fallido en Ecuador, don Ramón llega a Lima donde el doctor Mariano H. Cornejo le facilita la primera versión chilena de *Las señas del esposo (é)*, dicha por una mujer cuya identidad desconocemos:

—Catalina, lindo nombre, rico pelo aragonés,
mañana me voy a España, qué encargais o qué queréis.
—¡Ay, caballero de mi alma! un encarguito le haré:
si lo viese a mi marido dos mil abrazos le dé.
—Dime las señas que tiene, que lo pueda conocer.
—El es un gallardo joven, en el hablar muy cortés,
en la copa del sombrero lleva un peine aragonés
y en el puño de la espada carga las armas del rey.
—Catalina, lindo nombre, lindo pelo aragonés,
por las señas que me das tu marido muerto es:
en la plaza de los turcos muerto por un genovés.
También me hizo un encarguito que me case con usted
y que cuide la familia como él lo solía hacer.
—¡Ay, caballero de mi alma, por ahí no me engaña usted!
si seis años le he aguardado otros seis le aguardaré,
y si acaso no viniere de monja me entraré.
Tres hijos varones tengo, al rey se los enviaré,
que acrecenten sus vasallos y reconozcan su fe;
tres hijas mujeres tengo que al convento que entraré
..... con ellas me entraré.
Aquí se acaban los versos de una famosa mujer
hablando con su marido sin poderlo conocer²⁹.

El tema de *Las señas del esposo (é)*, ampliamente difundido en la tradición pan-hispánica moderna, se halla escasamente representado en la vieja tradición por un texto único incluido en un pliego suelto editado por Juan de Ribera en 1605.

Como señaló en su momento Menéndez Pidal, la versión limeña conserva ciertas variantes de antiguo abolenjo, algunas de ellas estrechamente relacionadas con la vieja versión impresa³⁰, variantes que, pese a los años transcurridos, continúan sin ser atestiguadas en las versiones recogidas en la Península. Estos rasgos de arcaísmo, sumados a los que nos ofrecen otras versiones americanas de la tradición oral moderna, vienen a confirmar el dilatado arraigo del romancero en Hispanoamérica.

Una vez constatada la pervivencia del romancero tradicional en el Perú, las pesquisas de Menéndez Pidal continuaron dando sus frutos. A su paso por Chile, el catedrático y publicista Vicuña Cifuentes le facilita un sustancioso número de versiones e incluso le brinda la oportunidad de

29. Esta versión aparece editada por vez primera en las pp. 75-76 de la revista *Cultura Española* citada en n. 9.

30. Véase *Romancero hispánico...* II, pp. 351-354.

recoger personalmente algunas otras en una breve investigación de campo realizada en los arrabales de Santiago³¹.

A su regreso a España, don Ramón publica la noticia de sus hallazgos en la citada revista *Cultura Española*³² donde aparecen ya treinta y un poemas distintos aunque en las posteriores reediciones de este trabajo, excluye nueve textos que le había facilitado Ciro Bayo porque según sus palabras «Tales romances (...) tienen trazas de amañados»³³. Obviamente los nueve textos no son romances tradicionales pero lo que resulta inexplicable es que don Ramón excluyera desde un primer momento el tema de *El conde Niño*³⁴ cuya primera versión americana había sido editada en 1902 por Ciro Bayo³⁵ y por el propio Menéndez Pidal en el pliego sin fecha impreso en Quito³⁶.

Estimulado por su reciente experiencia en Hispanoamérica, Menéndez Pidal amplía la comunicación con los estudiosos americanos interesándolos en la búsqueda de los textos. En un *postscriptum*, añadido en 1927, a *Los romances tradicionales en América* el filólogo español reconocía «con satisfacción que el estudio del romancero [americano] ha hecho grandes progresos»³⁷. Efectivamente, tras la visita de Menéndez Pidal, se acrecienta el interés por la recogida de romances y, poco tiempo después, comienzan a ver la luz las primeras publicaciones.

Los resultados del esfuerzo recolector han sido bastante positivos en países como Chile, Venezuela, Colombia, Argentina y comunidades hispanohablantes de Nuevo México y California³⁸ mientras que, según el

31. Según nos informa Menéndez Pidal (pp. 78-79 de la revista *Cultura Española* citada en n. 9), Julio Vicuña Cifuentes se interesó de inmediato por la búsqueda de romances tradicionales y adiestró a sus alumnos en la recolección de textos a cuyo fin preparó un pequeño manual de encuesta con textos y orientaciones prácticas: *Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares*. Santiago de Chile: E. Blanchard-Chessi, 1905, 23 pp.

32. Véase n. 9.

33. *El Romancero, teorías e investigaciones...* p. 225, n. 1. (Véase n. 9).

34. Las versiones americanas de este romance son de extraordinario interés, pues las muestras recogidas en países muy distantes entre sí responden a un «tipo» de rasgos arcaizantes emparentado con el de una zona de la Península claramente delimitada, lo que demuestra, a nuestro juicio, la temprana implantación del tema en Hispanoamérica.

35. Véase n. 25.

36. Véase n. 27.

37. P. 229 de *El Romancero, teorías e investigaciones...* citado en n. 9.

38. La comunidad hispana de procedencia canaria («Isleños de St. Bernardo»), establecida en el estado de Luisiana desde el siglo XVIII, ha sido intensamente investigada por el prof. Samuel G. Armistead de la University of California, Davis. El repertorio romancístico conservado por esta comunidad resulta bastante limitado: *Delgadina*, *Albaniña* (frag.), *Bernal Francés* (muy evolucionado hacia la forma del corrido), *Las señas del esposo*, *La Virgen y el ciego* rematado con unos versos de *El rastro divino* (á.o) y algún otro texto de gestación tardía. (De todo ello hemos tenido noticia por algunos trabajos ya publicados por el prof. Armistead y por la fotocopia parcial enviada por el citado profesor de su obra de inminente aparición: *The Spanish Tradition of Louisiana, I. Isleño Folk literature*. Ed. Samuel G. Armistead. With Musical Transcriptions by Israel J. Katz. Newark-Delaware: Juan de la Cuesta, [1992].

testimonio de la investigadora Mercedes Díaz Roig³⁹ no sabemos de la presencia del género en Paraguay, Honduras y El Salvador. Según la citada investigadora, en América se han documentado unos cincuenta temas romancísticos tradicionales, (excluidos los de asunto religioso), representados a su vez por unas dos mil versiones, impresas en su mayoría; entre estos romances abundan aquellos que han pasado a formar parte de los repertorios infantiles, perdiendo, al ritualizarse, su intrínseca capacidad de apertura. Obviamente, los resultados obtenidos en los diferentes países se hallan estrechamente relacionados con el esfuerzo recolector. Por ello, sería absurdo comparar cuantitativamente los romances documentados en América con los de otras sub-áreas del romancero más intensamente investigadas. Pese al reducido volumen de textos en comparación con los recogidos en otras áreas o regiones mejor exploradas, estas actualizaciones ofrecen interesantes peculiaridades. En Hispanoamérica los textos romancísticos conviven y se «contaminan» muy frecuentemente con otras formas poéticas de transmisión oral, no habituales en el resto de las sub-tradiciones, como son la décima y el corrido, género este último, surgido en el siglo XIX, al que, como veremos más adelante, la mayor parte de la crítica considera derivado del romance.

LA TRADICIÓN AMERICANA Y EL ROMANCERO PAN-HISPÁNICO

Lo primero que sorprende al contemplar el romancero americano en su conjunto es la relativa uniformidad de ciertos repertorios encontrados en países muy distantes entre sí, pues romances referentes a la fidelidad de la mujer como *Las señas del esposo*, los temas de incesto, *Delgadina* (padre e hija), *Blancaflor y Filomena* (relación entre cuñados) o historias de adulterio como *Bernal Francés* o *Albaniña*, se han documentado al menos en una docena de países. Ello no debe extrañarnos porque si volvemos la vista hacia la tradición peninsular, nos encontramos con que son precisamente esos poemas los que aparecen con mayor frecuencia en las sub-áreas o regiones españolas, lo que nos induce a pensar que se trata de temas extraordinariamente difundidos que debieron ser bien conocidos por los españoles y que, paulatinamente, se fueron trasladando al Nuevo Continente.

Las versiones implantadas en América han venido sufriendo un proceso de adaptación que se refleja sobre todo en la frecuente aparición de vocablos y expresiones propios de los distintos países americanos como son los topónimos o las referencias a la flora y la fauna autóctonas. Pero, al mismo tiempo, esas mismas versiones se hallan estrechamente empa-

39. En el trabajo incluido en las *Actas del IV Coloquio Internacional del Romancero*, celebrado en 1987 (Véase n. 10).

rentadas con las de otras áreas del Romancero pan-hispánico porque cada tema arrastra consigo un lenguaje genéticamente adscrito a él y pese a los cambios operados en las distintas actualizaciones de un romance todas ellas siguen conservando una parte del prototipo.

Para determinar las variantes autóctonas de mayor entidad (como fórmulas o motivos) privativas de la tradición hispano-americana resulta necesario comparar las versiones de cada tema en particular con las del resto de las tradiciones del Romancero pan-hispánico. Pero, antes de enfrentarse con esta labor, conviene separar los textos amañados o de probable origen libresco y distinguir aquellas actualizaciones, por lo general recientemente importadas, que no han sufrido modificación alguna y por ello no se han incorporado al acervo literario de la cultura autóctona.

EL TEMA DE *GERINELDO* EN LA TRADICION AMERICANA

Entre los poemas pertenecientes al repertorio tradicional americano se encuentra el denominado *Gerineldo*, uno de los de mayor divulgación en el conjunto de la tradición pan-hispánica del que, a mediados de los años setenta, se publicaron, debidamente organizadas, 566 versiones autónomas⁴⁰ y 268 fundidas con el romance de *La Condesita*⁴¹. Este mismo romance había sido utilizado por Ramón Menéndez Pidal en 1920⁴² y por Diego Catalán y Alvaro Galmés (1947-1949)⁴³ en sus estudios de geografía folklórica. En ambos trabajos, complementarios entre sí, se analizaron las convergencias y divergencias entre las variantes encontradas en los textos americanos entonces conocidos y las del resto de las áreas romancísticas concluyendo que, en algunos casos (Nuevo México y California), los textos hispanoamericanos conservaban «una forma del romance de caracteres antiguos independientes de los tipos de la nueva tradición española»⁴⁴; los «tipos» de *Gerineldo* documentados con posterioridad a los años cincuenta han venido a coincidir, en líneas generales, con los definidos en el estudio elaborado por Catalán y Galmés.

40. *Gerineldo. El paje y la infanta*, 1 y 2. «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas (español-portugués-catalán-sefardí)». Colección de textos y notas de María Goyri y Ramón Menéndez Pidal. Ed. D. Catalán, J. A. Cid. et al. Vols. VI y VII. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1975.

41. *Gerineldo. El paje y la infanta*. 3. «Romancero tradicional...». Ed. D. Catalán et al. Vol. VIII. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1976.

42. «Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método». *Revista de Filología Española*, 7 (1920), 229-338 (Repr. en *Cómo vive un romance: Dos ensayos sobre tradicionalidad*. Revista de Filología Española, Anejo LX. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954, pp. 1-141).

43. «La vida de un romance en el espacio y en el tiempo», en *Cómo vive un romance: Dos ensayos de tradicionalidad...*, pp. 143-301.

44. «La vida de un romance en el espacio y en el tiempo»..., p. 202.

Los editores de los volúmenes del «Romancero tradicional...» publicaron 42 versiones americanas (incluidos los fragmentos, versiones prosificadas y textos librescos o de reciente importación) recogidas en Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Chile, Uruguay, Argentina y Estados Unidos (Nuevo México y California). Posteriormente, en la obra de carácter antológico, *Romancero tradicional de América*, preparada por la profesora Díaz Roig, se contabilizan 25 versiones de ocho países aunque se añaden dos textos no publicados en el «Romancero tradicional...». Estas dos versiones se asemejan al «tipo» meridional de la Península; la primera procede de Cuba y la segunda, más evolucionada, de Puerto Rico⁴⁵.

En resumen, de Cuba sólo conocemos la citada versión (seguida de *La Condesita*) del «tipo» meridional y otra defectuosa coincidente en todos sus rasgos con uno de los «tipos» vigentes en el Norte de España⁴⁶. De Puerto Rico contamos con dos versiones completas relacionadas respectivamente con la tradición asturiana y la meridional (la editada por la profesora Díaz Roig); el resto son fragmentos que parecen proceder de medios literarios⁴⁷. Las actualizaciones compiladas en Uruguay y Argentina ofrecen características bastante similares a las anteriores: el único texto recogido en Uruguay, que va seguido de *La Condesita*, es de clara ascendencia asturiana⁴⁸ y la versión argentina coincide con la versión facticia, artificiosamente elaborada por Menéndez Pidal para su libro *Flor Nueva de romances viejos* cuya primera edición aparece en 1928⁴⁹. Finalmente, las versiones de tradición oral moderna recogidas en México se reducen a un par de fragmentos y al texto doble andaluz coincidente con el reproducido a finales de siglo en el *Almanaque de la Ilustración*⁵⁰.

En contraposición a las versiones anteriormente citadas, las muestras conocidas de la República Dominicana, Colombia y Chile ofrecen curiosas peculiaridades y algunos textos novomexicanos remontan a un prototipo de caracteres particulares que parece haberse popularizado con anterioridad a la anexión del territorio a los Estados Unidos de América. En-

45. *Romancero tradicional de América*. México: El Colegio de México, 1990, pp. 143-144, núm. 8.2. y pp. 146-147, núm. 10.2.

46. «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (citado en n. 41), VIII, pp. 310-311, núm. II.265.

47. «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (citado en n. 40), VII, pp. 239-241, núms. I.523, 524, 525.

48. «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (citado en n. 41), VIII, pp. 315, núm. II.268.

49. Madrid: «La Lectura». La «segunda versión comentada», publicada en Madrid: «La Lectura», 1933, alcanzaría una extraordinaria difusión (tanto en España como en Hispanoamérica), gracias a las numerosas reediciones de la «Colección Austral» de la Ed. Espasa-Calpe aparecidas en Madrid y Buenos Aires a partir del año 1933.

50. Madrid, 1988, pp. 25-27.

tre estos últimos tomamos como ejemplo el recogido antes de 1950 por Aurelio M. Espinosa en *Ranchitos*⁵¹.

El relato se inicia con el conocido motivo del requiebro de la infanta:

—Gerineldo, Gerineldo, mi camarero y guerrido.
¡Quien te pescara tres horas, tres horas en mi servicio!

Pero, en la respuesta del paje encontramos ya la primera variante original, desconocida en el resto de la tradición del romance:

—¿Tres horas dice, señora? ¡Pudiera Dios fueran cinco!

Tras un forcejeo verbal entre la infanta y el paje, se fija la hora de la cita. Gerineldo cumple el compromiso y se describe el encuentro amoroso:

Yo la agarra de la mano, a la cama se han metido;
en medio de sus deleites ya se han quedado dormidos.

Cuando el monarca echa en falta a Gerineldo y sospecha lo ocurrido, un segundo paje le contesta con una fórmula poética también desconocida en otras sub-tradiciones:

—Señor, en la cama está con calenturas y fríos.

El rey se introduce en el aposento de su hija, contempla a los amantes dormidos y, desechando la posibilidad de matarlos, deja su espada entre los dos como testigo de su presencia.

Cuando los amantes despiertan, la infanta trata de tranquilizar a Gerineldo con la promesa de un próximo matrimonio.

A la mañana siguiente el rey pregunta directamente a su criado:

—Gerineldo, Gerineldo, mi camarero y guerrido,
¿Dónde has pasado la noche? ¿Dónde la noche has dormido?

A lo que el paje responde con una fórmula cargada de ambigüedad, que únicamente encontramos en las versiones de Nuevo México:

—Señor, jugando a las damas, ni he ganado ni he perdido.

El relato remata con un final feliz tampoco demasiado frecuente en los textos peninsulares:

51. Publicado por el colector en *Romancero de Nuevo México*. Revista de Filología Española, Anejo LVIII. Madrid: CSIC, 1953, pp. 52-53. [Repr. con el núm. 1.530 en las pp. 247-248 del volumen VII del «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (citado en n. 40)].

—Levántate Gerineldo, mi camarro guerrido
que dice mi hija, la infanta, que te escoge por marido.

El resto de las versiones que consideramos pertenecientes a la tradición americana (República Dominicana, Chile y Colombia) han evolucionado en forma bastante diferente.

Aunque los varios textos de la tradición dominicana⁵² coinciden en su primera parte con uno de los «tipos» dominantes en la Península su originalidad radica en que, al final del romance, la asonancia *i.o.* se transforma en *á* para introducir algunos versos ajenos al tema de *Gerineldo*. En una de las versiones de Azúa⁵³, las fórmulas pertenecientes a *La enamorada de un muerto* aparecen tras la ejecución de Gerineldo:

Ya lo llevan, ya lo traen, ya lo van a embalsamar.
ya le cosen las heridas con agujas de bordar.

Los versos de *El conde Niño* concluyen la historia exaltando el amor de la infanta que se deja morir para ser enterrada junto a su amante:

Al bajar las escaleras unos gritos se oyen dar:
—¡Adiós, Gerineldo, adiós! A Dios te vas a gozar,
al completar los seis días allá te voy a buscar—.
A las cuatro cayó enferma, a las seis la (lle)van a enterrar.
Gerineldo es una ermita, la princesa un pie de altar
donde ciegos y tullidos, allí se van a salvar.
—Una madre tengo tuerta, aquí ella no vendrá
porque si es tuerta de un ojo, tuerta de los dos saldrá.

Este cruce o «contaminación» no aparece en ninguna otra de las sub-tradiciones donde se han recogido versiones del romance.

Pese a que la documentación de la tradición chilena del tema de *Gerineldo* resulta bastante deficitaria, también encontramos en ella algunos rasgos diferenciadores. De Chile sólo conocemos hasta el momento un fragmento de origen vallisoletano, un relato prosificado en forma de cuento y dos textos tan similares entre sí que, en opinión de sus editores, podría considerarse como una sola versión⁵⁴. Esta versión resulta bastante

52. La mayoría de los textos de la República Dominicana (tres completos y tres fragmentarios) fueron publicados por Edna Garrido en *Versiones dominicanas de romances españoles*. Santo Domingo: Pol Hermanos, 1946, pp. 31-33 y 107-108, y reeditados en los volúmenes VII (pp. 236-239, núms. I.519 y I.521) y VIII (p. 369, núms. I.525 bis, 525 ter y 525 quart.) del «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (citados en nn. 40 y 41). El único texto editado por vez primera en el vol. VII del «Romancero tradicional...» (pp. 235-236, núm. I. 519) fue recogido en 1932 por Pedro Henríquez Ureña.

53. «Romancero tradicional...», VII, pp. 236-237, núm. 520 (véase n. 39).

54. Los textos chilenos aparecen publicados en el vol. VII del «Romancero tradicional...» (véase n. 40) con los números I.367, p. 106 (frag. de Valladolid); I.550, pp. 361-362

notable por aparecer en ella un motivo que proviene del romance de adulterio denominado *Albaniña* (o *La adúltera* en ó), readaptado en esta ocasión a la asonancia ío propia de *Gerineldo*. Este motivo se refuncionaliza en el texto chileno para confirmar las sospechas del rey antes del descubrimiento de los amantes. Cuando «Al cuarto de la infanta/llega el rey muy afligido», pregunta, al igual que lo hace el marido en el romance de *Albaniña*:

—¿De quién es ese sombrero? —De mi hermano muy querido.
—¿Y de quién son esas armas? —De Guerineldo pulido.

Por último, las versiones colombianas⁵⁵ responden a un prototipo que puede ser considerado como propio del país porque aunque algunas de sus variantes estén emparentadas con las encontradas en «tipos» asturianos o cántabros, estas modificaciones no son explicables como importaciones aisladas debidas a la moderna emigración española.

EL ROMANCERO TRADICIONAL Y EL CORRIDO

Una de las cuestiones más interesantes y debatidas, desarrollada en el ámbito de la literatura de transmisión oral hispanoamericana, es la relación existente entre el romancero tradicional y el corrido, género este último cuyo origen parece remontarse a las primeras décadas del siglo XIX.

Desde la publicación, en 1939, de la obra de Vicente T. Mendoza, *El romance español y el corrido mexicano: Estudio comparativo*⁵⁶, los estudiosos del corrido han venido admitiendo casi unánimemente que éste deriva del romancero de tradición oral, evolucionando posteriormente en distintas direcciones. Ello resulta evidente en temas como *Delgadina*, *Albaniña*, que se transforma en el corrido de «La Martina» o en Bernal Francés convertido en el popularísimo «Corrido de doña Elena». La delimitación de los textos, parcial o totalmente evolucionados, que pertenecen a uno u otro género ofrece a menudo dificultades pues con frecuencia resulta bastante arriesgado decantarse en una u otra dirección.

Aunque para llegar a conclusiones definitivas sería necesario comentar un mayor número de versiones, vamos a limitarnos a ilustrar lo que

(vers. prosificada) y I.548 y 549, pp. 260-261 (que consideramos como una sola versión y corresponde a la que comentamos).

55. Tenemos noticia de diez textos colombianos. Las versiones autónomas (4 fragmentarias y 6 completas), recogidas y publicadas en su mayoría por Gisela Beutler a finales de los sesenta aparecen reproducidas en las pp. 253-259 del vol. VII del «Romancero tradicional de las lenguas hispánicas...» (véase n. 40) con los números I. 538-I.546. La versión doble de *Gerineldo* y *La Condesita* publicada en las pp. 313-314 del vol. VIII (véase n. 41) con el núm. II.267 no es tradicional.

56. México, D. F.: Univ. Nacional Autónoma, Inst. de Investigaciones Estéticas.

decimos con tres textos que pueden mostrar la evolución de la fábula o historia de *Bernal Francés*.

El relato del romance, documentado en forma pura comienza en *media res*⁵⁷:

—Francisquita, Francisquita, la del cuerpo muy sutil,
ábreme las puertas, mi alma, que yo te las mando abrir.

La dama pide al caballero que se identifique y éste lo hace verbalmente:

—¿Quién es ese caballero que mis puertas manda abrir?
—Yo soy el Andrés Francés que en un tiempo te serví.

La mujer le franquea la entrada:

Se levanta Francisquita y hace encender el candil.

(El candil es un claro indicio de que el encuentro se lleva a cabo por la noche, razón por la cual la esposa no identifica al visitante).

Y lo toma de la mano, lo mete para'l jardín,
lo lava de pies y manos con agua de toronjil,
lo viste de paños blancos y se acuestan a dormir.

Pero, llegada la media noche, la esposa se sorprende ante la pasiva actitud del amante:

—Media noche hemos dormido, media falta por dormir:
¿Qué tienes Andrés Francés que no volteas a mí?
o te han corrido los moros o te han dicho mal de mí,
o tienes amor en Francia que lo quieras más que a mí,
o temes a mi marido que está a cien leguas de aquí.

A lo que el falso amante responde negando las acusaciones para terminar identificándose:

(...)
ni le temo a tu marido que está a un ladito de ti.

La historia se remata con el anuncio de la ejecución inmediata de la adúltera, y una irónica alusión al amante ausente:

57. Reproducimos la versión novomexicana de Albuquerque compilada y publicada por Aurelio M. Espinosa en «Romancero nuevo mejicano». *Revue Hispanique*, 33 (1915), pp. 27-28, núm. 16.

—Mañana por la mañana te cortaré que vestir
tu gargantón colorado y tu rico faldellín.
Escribiré a Andrés Francés que arrastre luto por ti
y pagaré las campanas que doblen tristes por ti.

Para ejemplificar un paso intermedio entre el romance y el corrido hemos seleccionado un texto inédito, recogido en 1927, en Santa Fe (Nuevo México) por Tomás Navarro Tomás e incorporado a una carta enviada a Ramón Menéndez Pidal el 3 de junio del mismo año⁵⁸. La primera parte, desarrollada en cuartetas, ofrece ya los rasgos característicos del corrido. El comienzo es un exordio que resume de antemano el desenlace del relato:

Elena, por cautelosa, su marido la mató
con un rifle treinta a treinta en el corazón le dio.

Seguidamente, se hace explícita la presencia del marido que llevará a cabo la venganza y tras unos versos claramente relacionados con el comienzo del romance:

—Abreme la puerta Elena no me tengas desconfianza
que soy tu querido rey Fernando que acaba de llegar de Francia—,
Abre la puerta y apaga el candil y se van a dormir al jardín,

se introducen unas fórmulas romancísticas:

—¿Qué tiene mi rey Fernando que ya no se acerca a mí?
O tiene amores en Francia o quiere a otra más que a mí.
—No tengo amores en Francia... etc.

Finalmente, la narración recupera el estilo del corrido cuando la adúltera reclama el perdón del marido sin obtenerlo:

—Perdóname, esposo mío, perdona mi desventura,
no lo hagas tanto por mí, sólo por mis dos criaturas.
—Que te perdone Fernando que gozó de tu hermosura
... etc.

El último texto, también mexicano, responde ya en todos sus rasgos a las características propias del corrido, aunque todavía encontremos en él algunas reminiscencias romancísticas⁵⁹. Su longitud supera en mucho a

58. La citada carta se conserva en el *Archivo Menéndez Pidal*.

59. El texto aparece impreso en una hoja ilustrada de color rosa (a semejanza de los romances de ciego) con pic de imprenta («propiedad de Eduardo A. Guerrero») y se encabeza con el título: «El Corrido de Doña Elena». Fue enviado a Menéndez Pidal por Pedro Henríquez Ureña en diciembre de 1921 y se conserva en el *Archivo Menéndez Pidal*.

los anteriores ya que todo se hace explícito, incluidos los antecedentes de la tragedia. Se describe en detalle la personalidad del amante y el inicio de la relación:

Vio a doña Elena en su finca y de ella se enamoró
sabiendo que su marido por un crimen se ausentó.
Doña Elena se hizo fuerte pero al fin correspondió
porque era un hombre temible don Fernando, y se perdió.

También se explicitan la advertencia de la traición y la muerte del amante culpable a manos del marido «burlado». En las secuencias del engaño y en la de la identificación del marido es donde reaparecen las fórmulas romancísticas:

—¿Quién es ese caballero que mis puertas manda abrir?
(...)
—No tengo amores en Francia ni quiero a otra más que a ti.
—Elena, soy tu marido que vengo en contra de ti.

El mantenimiento del motivo del candil pierde en el corrido su función indicial al haberse trasladado al desenlace del relato:

—No te puedo perdonar, me tienes muy ofendido,
que te perdone el francés, don Fernando, tu querido—.
Al abrir la media puerta se les apagó el candil
y tomándole las manos la arrastró para el jardín.

Corrido y romance relatan la misma historia aunque, obviamente, las fórmulas poéticas utilizadas en el discurso del corrido se distancian ostensiblemente de los versos romancísticos. Esto resulta evidente al comparar el pasaje en que se anuncia la inevitable ejecución de la adúltera:

—Mañana por la mañana te cortaré de vestir
tu gargantón colorado y tu rico faldellín.
¡Ay, pobrecita de Elena! ¡Oh, que suerte le tocó!
De un rifle de dieciséis con tres tiros completó.

ANA VALENCIANO
Universidad Complutense de Madrid
(España)